



NO
TE
EMOCIONES
TANTO

ANA BARDERAS
PRÓLOGO DE SABELA GIMÉNEZ



No te emociones tanto

Autor: Ana Barderas

Diseño y Maquetación: Ana Barderas **Prólogo:** Isabel Giménez

© Ana Barderas **SafeCreative** © NoTeEmocionesTanto

ISBN 978-1-326-27912-7

Contacto:

@nanusKilla @DenebMurphy **FB:** <http://facebook.com/ILove-ParecemosTontos>

1ª Edición en **Madrid** en

Mayo del 2015

No te emociones tanto

Ana Barderas

Prólogo de Sabela Giménez

A todos los que alguna vez se obsesionaron por alguien que parecía estar tocando las estrellas. O sea, a todos.

Prólogo

(Porque todas las buenas historias tienen prólogo)

— *Knebworth, un agosto frío.*

“Esnifó con ansia y sintió como el polvo le subía por la nariz, provocándole un conocido cosquilleo. Casi enseguida, sintió algo parecido a la electricidad fluyendo por sus venas. Echó la cabeza hacia atrás y sonrió, sintiendo que volvía al paraíso una vez más. Con los ojos cerrados vio formas y colores vibrantes, y se sintió el puto rey del mundo. Abrió los ojos y se encontró de frente con la mesa de cristal y su tarjeta de crédito, que había utilizado para dibujar la línea de coca. Una rubia estaba sentada en el sofá riéndose de algo ajeno a todos los demás, y la otra chica estaba tumbada con la cabeza apoyada en las rodillas de la primera. Jordan, la rubia, era de las groupies oficiales de la banda, y el backstage parecía ser su segunda casa.

La habían conocido hacía un par de años, en un concierto en Bristol y desde entonces estaba en casi todas las actuaciones. Había sido la favorita de Logan durante mucho tiempo, pero desde hacía unos meses él había estado muy cercano a

ella. Se levantó, la cogió por el cuello y la besó con intensidad, con tanta que casi pensó que le transmitiría toda la adrenalina. Cuando se separó le mordió el labio y le sonrió.

Definitivamente él, Russ Donovan, era el puto rey del mundo. George, el mánager, hablaba con Paul, el otro guitarrista que parecía especialmente nervioso.

No era para menos. Estaban a punto de tocar frente a más de trescientas mil personas en el festival de música más grande del mundo. Y eran la cabeza de cartel. Echó los brazos hacia atrás y se estiró, soltando un tremendo rugido. Estaba pletórico y necesitaba compartirlo con el mundo.

Entró un técnico con unos auriculares ridículamente grandes y anunció que estarían fuera en cinco minutos. De puta madre. Dio un par de palmadas y se dirigió hacia

Chuck, el batería, que estaba casi tan emocionado como él.

—¿Listo, capullo?

—Llevo toda la vida esperando esto, tío —respondió Chuck—. Así que más te vale

no cagarla... ¡o a ti, Kieran!

El bajista les dedicó una peineta y le pegó un trago a algo que parecía whiskey.

Todos se pusieron en marcha entre vítores y deseos de «mucho mierda ahí fuera».

Salieron del backstage y se dirigieron a la parte lateral del escenario por un pasillo lleno de gente. El rugido del público era casi ensordecedor. Russ estaba tan arriba que pensó que en cualquier momento iba a tener una erección. Los organizaron a

punto de entrar, les colocaron los micros y todos aquellos aparatos. Luego volvió el técnico de antes. ¡Tres, dos, uno! ¡DENTRO! Y entraron. El público se volvió loco, y cuando

pensó que no podían gritar más, cuando entró él le pitaron los oídos del ruido. Alzó las manos y casi se queda seco de ver a tanta gente junta. Sonrió. Se dirigió a su parte del escenario y se colgó la guitarra con la Union Jack. Logan se quedó frente a la audiencia y colocó las manos tras la espalda para comenzar a cantar. Eran dioses. Y estaban en su Olimpo.

La primera canción hizo que, efectivamente, tuviera una erección y agradeció que la guitarra le tapara sus partes nobles. A la quinta canción le tocaba cantar a él y, cuando se acercó al micrófono central, algunas personas cruzaron la valla de seguridad. Sonrió. Algunas pibas quisieron subirse al escenario, pero los gorilas las mantuvieron controladas. Empezó a cantar y todo el mundo lo siguió, lo coreó y alguna que otra le enseñó las peras. Diez canciones después, abandonaron el escenario.

Sexo, drogas y rock'n' roll. El mejor día de su vida. Al volver al backstage los esperaban su mánager, director de giras y periodistas. Algunos dijeron que había sido el mejor concierto de la historia. Y lo fue. Y tanto que lo fue. " *

Los ojos de un joven habían brillado de emoción durante todo el concierto. Se había quejado mil veces de la cantidad de gente que había y de los codazos que le habían dado aunque, después de beberse tres litros de cerveza, cada vez le habían importado menos. Nadie en el público lo sabía excepto él. Esa noche, Deneb Murphy supo que él iba a ser una estrella del rock. Que cuando él fuera famoso, el gran Russ Donovan, el mejor guitarrista de todos los tiempos, se quedaría en una anécdota. Pero mientras tanto, siempre sería su gran admiración y el espejo donde querer mirarse. Ese tío era Dios.

* *Por Sabela Giménez. @ThisisSabela*

1. No te enfades tanto

Creía que iba a ser mucho más fácil hacerse a una ciudad grande como esa, sin embargo, apenas había puesto un pie fuera del aeropuerto sintió que se le escapaba el alma corriendo delante de un millón de palomas que la perseguían porque llevaba un maldito trozo de pizza que compró en un *take away*. Pizza asquerosa, por cierto. Ya no volvería ahí nunca más. Bueno, seguro que no, porque ni se acordaba de donde era. Creía que sería fácil habituarse porque tenía mucha ilusión y muchas ganas de estar allí y de empezar su nueva vida. Claro, siempre se tienen muchas ganas para las nuevas vidas, sólo que a veces las nuevas vidas son más complicadas que las anteriores. Y, aunque creía que sería fácil habituarse y no lo había sido tanto, no perdía la fe en que todo iba a salir bien cada mañana.

Lo bueno de haber cambiado de trabajo y que le hubieran destinado allí era que tenía un bonito piso en una zona de alto nivel adquisitivo a costa de la propia empresa. El barrio más caro del país, según se decía. Vale no. No era verdad, pero sólo tenía que caminar dos manzanas para empezar a pasear por ese barrio, lo cual dejaba al suyo en buen lugar, ¿no? A pesar de eso, todavía no había investigado lo suficiente por allí como para poder corroborar que eran sólo dos manzanas y no cuatro. De todos modos, había una razón especial que le ponía nerviosa por la que no paseaba por allí. Y eso que quería hacerlo; con todas sus ganas quería, pero cuando eres así como medio indecisa, pues de nada te vale el querer.

Ya llevaba allí cuatro meses y tenía tres amigos, muchos compañeros de trabajo y

una enemiga. La enemiga era la casera. A pesar de pagarla su empresa, siempre andaba por allí para «ver qué tal», y

de verdad que la enfadaba profundamente. Era una mujer de unos cuarenta y tres años que se parecía a Dianne Wiest en Eduardo

Manostijeras. La que dice lo de «Avon llama a tu puerta». Además solía llevar esa misma cara de sonrisa permanente como si le hubieran grapado la boca con los carrillos y no pudiera ponerse seria jamás. Y eso era lo que más le podía sacar de quicio de todo, que sonriera así cuando en realidad sólo quería husmear si había dejado platos sobre la encimera de la cocina. Ya tenía un truco infalible para atenderla en el rellano del portal y no permitir que asomara la cabeza por la puerta.

Lo llamaba el juego del espejo. Si Ingrid, la casera, se movía hacia la izquierda para mirar por el quicio, ella se movía a su derecha poniéndose delante. Si alzaba la cabeza, ella también. Si se agachaba disimuladamente, encontraba la manera de agacharse del mismo modo. Pero bueno, a pesar de lo insoportable que era en esas

ocasiones, bien era cierto que las dos primeras veces que se atascó el baño, estuvo muy atenta. Quizá por eso estaba demasiado atenta desde entonces. ¿Quién es capaz

de atascar el baño dos veces la misma semana? Ella era capaz.

Sus tres amigos venían a resumirse en: Vio, su compañera de proyecto en la oficina, con la que pasaba más horas que con nadie; Trizia, su estilista a la que contaba todo sólo porque tenía la confianza de haberle visto las ingles sin depilar; y Rico, el gay que vivía en frente, de nombre Federico, natural de La Pampa, pero como detestaba ese nombre tan de fraile que sus padres le habían puesto, prefería que allí todos le llamasen por las últimas cuatro letras.

—Nena, ¿tú sabes lo bien que siento que cuando te

llamen te estén diciendo lo bueno que estás y todo el dinero que tienes? —le dijo otra de las veces que le preguntaba por qué era tan horterera para elegir un apodo—.

Tú deberías buscarte uno, porque Vega es, probablemente, el nombre más aburrido

del universo.

—Tú eres tonto profundo —le contestaba ella poniendo los ojos en blanco y pasando de sus teorías—. Además, no veo posibilidad de atender si todos me dijiesen

“Ve”.

—¿Y si te dijiesen “Ven”? —preguntó el otro alzando una ceja con tonito sugerente

y media sonrisa cautivadora. Vega lo miró con cara de aburrida y el chico soltó un bufido—. ¡Ay, hija! Pero mira que sos aburrida de la vida cuando se trata de hacer limpieza.

Eso hacían: limpieza. La mesa de su despacho estaba llena, hasta arriba, de papeles y de carpetones tremendos con las memorias de unos cuantos proyectos que parecían

nunca terminar. Se había prometido ella misma que lo pondría todo en orden antes

del lunes. Estaban a jueves, había tiempo. Sonrió a su compañero de tarea, siendo la agradable mujer que era el día que se conocieron cuando ella le arañó la puerta al meter en su casa una estantería de IKEA que tenía la caja rota por un pico. Aquel día el malhumorado fue él, pero terminó metiéndose en su casa como si fuera la suya.

En plan decorador de interiores profesional fue diciéndole dónde y cómo tenía que colocar los muebles y alabando que sus vistas eran mucho mejores que las de él. Y

que su piso era más luminoso.

—En este despacho entra tanta luz que podríamos ponernos a tomar el sol en verano sin abrir los cristales —dijo en ese momento mirándola—. Si me invitas, claro.

—¿Sabes a qué te voy a invitar? —le preguntó ella colocando dos archivadores en

una estantería—. A un viaje a las Bahamas, cuando sea millonaria. Te lo prometo.

—¡Ay, sí, sí! ¿Los *bahamianos* serán guapos?

—No sé si existen, pero seguro que lo son.

—¡Ay, nena! ¿Sabes quién es guapo, guapo? —le preguntó con una mano en el pecho a lo teatrero. Vega alzó la vista de una carpeta hasta su amigo de barba hipster y pantalones vaqueros arremangados y puso una mueca que preguntaba de quién se

trataría—. ¡El tipo éste de esta revista! Me da pena tirarla...

La tarea que le había puesto a Rico era tirar todo lo que no tuviera que ver con proyectos de urbanización o licencias de locales comerciales en el centro. Todo, no quería ver nada de basura por ahí, pero, ¿revista? Vega frunció el ceño tratando de recordar y vio que su amigo se ponía a ojear un ejemplar de la *Rolling Stone*. Sus ojos se abrieron de par en par y salió casi a la carrera a quitarle la revista de las manos. Aquella revista no se podía tirar.

—¡No! No la tires —le dijo agarrándola con las dos manos. El otro tiró hacia él, ella también forcejeó—. No, en serio, es mi primera *Rolling Stone*. De 1998 y sale Den Murphy, que lo adoro con mi alma y mi vida y mi...

—¿Quién? ¿Éste? —decía el otro señalando al figura de la portada—. Yo también lo

amo con mi vida ahora —agregó sin quitarle los ojos de encima al chico que sonreía en la fotografía—. Un momento, ¿1998? ¿Pero cuántos años tienes vieja pécora?

—Veintiocho y ya le amaba con doce —le dijo la otra tirando de su revista y haciéndose al fin con ella.

—¿Y él cuántos tiene?

—¿Ahora? Pues... cuarenta y dos. Creo.

—Sólo veinte más que yo. ¡Es el hombre de mis sueños! —gritó emocionado el otro que siempre hablaba de que los hombres cuanto más maduros, más le gustaban.

—Olvídalo, es mío. Fue mío y lo será siempre. Además ni siquiera sabes qué canta, capullo.

—Sí que lo sé, la canción del anuncio de la Coca-Cola.

Vega miró a su amigo con media sonrisa de resignación. Sí, ya, ¿quién no había hecho una canción para Coca-Cola?

2. No te enfades tanto

El periódico no decía nada de él en la sección de ocio y *celebrities*. La vida era un asco. ¿Cuándo había dejado de importar su corte de pelo, o si se había dejado patillas, o si se había puesto una chupa de tal marca que al instante quería tener todo el mundo? Maldita sea, los periodistas eran un

asco. Era culpa de esos *chupasangres* con veneno de tinta bajo la piel. Sí, porque en su cuenta de twitter, con tan solo trescientos veintidós tuits, tenía un millón y medio de seguidores. Supera eso, Lady Gaga. Bueno sí, la reina de la excentricidad lo superaba. Tenía una media de dos mil *re-tuits* sobre cada gilipollez que escribía, pero no le hacían sentirse tan adorado como hacía años. Y eso que hacía años no existía toda la gilipollez de las redes sociales. Él seguía escribiendo tonterías acerca de su equipo de fútbol machacando a otro y, mientras tanto, lo único que hablaban las revistas de él era que su mujer estaba con otro después de que él le hubiese engañado a ella durante meses. ¿Y ellos qué coño sabían?

—Deneb —le decía su abogada por tercera vez. Habían quedado en una cafetería del

barrio para hablar sobre las negociaciones del divorcio y él estaba pesadito con encontrar algún atisbo de curiosidad sobre el lanzamiento de su próximo álbum. No lo soportaba, Jill no lo soportaba en absoluto con sus fanfarronerías, pero le pagaba mucho y al día. Eso y que se conocían desde hacía unos quince años le otorgaba el poder de hacerse pasar por su mejor amiga—. ¿Quieres mirarme de una puta vez? ¡No tengo toda la mañana para el rey del rock!

—Elvis está muerto —le dijo el tipo con los ojos en el periódico. Inspiró aire con toda la resignación del mundo y subió la vista para encontrarse con Jill. Joder, cuando se ponía en ese plan era una petarda de campeonato. Quizá podría proponerle sexo para que se calmara, no sería la primera vez que hubieran echado

un polvo. Aunque ahora parecía que el horno no estaba para bollos y Jill se ponía muy coñazo con la moralidad y con que engañar a tu pareja no está bien y toda esa caca. Sí,

cuando se lo montaron en aquel viaje a Saint Tropez parecía no acordarse de que él estaba casado. Eran otros tiempos—. Dile a la zorra de Brit que se quede la casa de aquí si quiere, me gusta mi piso nuevo del centro. El Porsche y la casa de Mallorca son míos y en eso no entro a discutir.

—Hemos venido a discutir sobre la custodia de tus hijos, lo de las casas ya me lo dijiste hace semanas, ¿no te acuerdas?

Den adoraba a sus dos hijos de diez y siete años. Eso era lo que más le jodía de

todo. Había actuado como un egoísta toda su vida. Se había acostado con tantas mujeres le apetecía después de cada show, con mujeres al otro lado del charco sólo porque estaba lejos de casa. Luego volvía con la mujer de su vida. De verdad que la adoraba, era la única que de verdad lo entendía. Era la única que era madre de sus pequeños monstruos a los que él amaba hasta el infinito. Separarse de ellos había sido duro, pero él sabía que sus actitudes egoístas y las noches de concierto no eran las ideales para que un juez le diera la razón. Además, para ser franco consigo mismo, estaba en esa etapa de su vida en la que si no era responsable de él mismo poco podría serlo de Duhr y Ras.

—¿Qué ha dicho ella? —preguntó él con gesto preocupado.

—Fines de semana cada quince días. Todo el tiempo mientras ella esté de gira y con excepciones cuando lo estés tú. Navidades compartidas y... —miró los papeles—

una tarde a la semana que los recogerás del colegio. Vamos, lo normal.

La estrella del rock miró a su abogada y frunció un poco el ceño. Sonaba tan mal

que le daban ganas de reventarle la cabeza a cualquiera que llegara opinando en ese momento. Pero sólo en su cabeza, no era plan de ponerse violento. A menos que hubiera allí un periodista para montar el número y que por fin su nombre apareciera en la *Rolling Stone* de nuevo, aunque fuera a costa de un escándalo público en una cafetería. Pestañeó varias veces como si le sirviera para pensar de forma más clara y carraspeó con desatino, porque no dijo nada.

—Fuiste tú el que le dijiste a Brit que era mejor separaros...
—le dijo ella.

Así había sido. Llevaba meses follándose a Meg, su asistente personal. Parecía ser la única persona en el mundo que quería hacerlo feliz de verdad. La única que le levantaba la moral cuando él se castigaba con la crítica, que le buscaba actuaciones con bandas amigas, fiestas a las que ir y que le recordaba, una y otra vez, que era una estrella. Desde hacía unos meses era esa mujer la que le hacía sentirse como en los noventa. Y no quería separarse de ella. Cuando Brit se enteró y montó todo el pollo, él hizo balance y le propuso un tiempo separados en el que pudieran ordenar un poco las ideas. Brit lo llevó mucho peor, aunque ahora parece ser que sale con alguien. Él y Meg están bien, aunque no puede evitar sentir que todo ha perdido una gran parte de la magia que tenía cuando era como un pecado capital. Como llevaba

años viviendo en matrimonio, no había sabido vivir sólo ni una semana, así que Meg dormía todos los días en su casa. Vivían juntos. Quizá debería de haber esperado un poco, porque ahora Meg también le cargaba de vez en cuando.